





La villa de Robledo.

## XIX.

### LA IGLESIA DE ROBLEDO.

Amaneció el 15 de agosto de 1780; el sol, con su riqueza de luz y su inmensa majestad, parecia levantarse orgulloso para presidir la solemne fiesta de la Asuncion, que habia de celebrarse en Robledo, y los vecinos mas madrugadores, al ver la presencia del astro bienhechor, discurrían ya alegres y bulliciosos por las tortuosas calles del pueblo. Unos corrian presurosos á casa de sus amigos obligándoles á dejar la cama y formar parte de las materiales expediciones; otros, menos entusiasmados ó mas cumplidores de su obligacion, acudian diligentes á despachar sus asuntos para poder despues disfrutar de la variedad de diversiones con que la festividad del dia les brindaba. Aquel cielo azul, risueño y trasparente, parecia derramar todos los esplendores de su luz, y el aire del campo todo su tibio y perfumado aliento sobre el pueblo de Robledo.

La plaza de Robledo era, como ya hemos dicho en otra ocasion, asaz deforme, presentando poca ó ninguna alineacion en sus edificios, y siendo estos de desigual y antigua construcción. Nada mas comun en aquella plaza que corredores salientes sos-

tenidos por góticos jabalcones, chocantes caperuzas de guardi-llas, ventanas rasgadas aquí y allá con una desigualdad que parecia estudiada, unas cuadradas, otras en medio punto, y otras ojivales, como recordando á los diez y ocho siglos de la dominacion sarracena, y recordando al estudioso arqueólogo toda su larga historia, desde Yugurta, hasta Isabel la Católica; desde San Agustin, hasta San Vicente Ferrer. Tan solo habia dos ó tres casas que atestiguaban, como débil muestra, el buen gusto arquitectónico introducido en la época de Carlos III; eran estas la de la antigua familia de los Salcedos; la del marqués de San Simon y la del ayuntamiento del pueblo; lo demás todo era antiguo, desigual y súpicio, edificios repugnantes que á voz en grito pedian la presencia de la piqueta reformadora de Carlos III; aunque es probable que se cansaran de gritar, toda vez que algunas de ellas aun existen en nuestros dias.

Hallábase la iglesia en la parte occidental de la plaza, como lo disponen los Sagrados Cánones; es de aspecto bonito, bien construida de cal y canto, y con un vestíbulo semicircular guarnecido de una verja que la presta elegancia y majestad. Una enorme y bien trabajada cruz de piedra, colocada sobre una base cuadrada que forma tres escalones de la misma berroqueña, y está colocada como á unos diez pasos delante de la verja, y sobre el centro mismo del vestíbulo, parece un centinela avanzado que guarda aquel sagrado recinto; la presencia anticipada de la divinidad, simbolizada por la señal de la cruz, principal objeto inanimado en el sangriento drama del Gólgota. Aquella iglesia, aunque relegada en un rincon, olvidada de España entre montes de nieve y de hielo, tiene tambien su historia; tambien tiene episodios dramáticos, y muy dignos, por cierto, de ser trasladados á nuestro libro. Pero antes de llegar á este caso, fuerza será hacer un bosquejo de la situacion política del momento del acontecimiento extraordinario y grave que vino á distraer la régia atencion, la de los ministros, la de los hombres políticos y aun la de todo el pueblo, apartándole de las regiones del Nuevo Mundo, donde puede decirse que á la sazón era el teatro de la guerra para fijarla y concentrarla dentro de la penín-

sula española, en la capital misma del reino donde aquel suceso tuvo lugar.

Los dos ministros que en esta época ejercian mayor influjo en el ánimo de Cárlos III, y en quienes este príncipe tenia mas confianza, eran D. Leopoldo de Gregorio y D. Gerónimo de Grimaldi, marqués de Esquilache el uno, marqués de Grimaldi el otro, ambos italianos. Al primero le habia traído ya consigo de Nápoles, y desempeñaba á la sazón los ministerios de Hacienda y de Guerra; al segundo, despues de haber sido embajador en París, le llamó al ministerio de Estado por renuncia de D. Ricardo Wall. Eran los dos ministros desiguales en carácter y en inclinaciones, como lo eran en las dotes del entendimiento, y como lo eran tambien su cuna y su prosapia. Ilustre la de Grimaldi, cuanto la de Esquilache habia sido humilde, conservaba aquel aficion á la sociedad culta en que se habia criado y crecido; á las formas distinguidas y á cierta esplendidez y boato dentro y fuera de su casa; mientras que este, sin haber podido desechar los hábitos adquiridos en sus primeros años, propendia á cierta economía mezquina y severa, gustábale discurrir arbitrios para sacar dinero, á cuya sombra no descuidaba su esposa de hacer su propia fortuna; carecia de modales finos y de sentimientos elevados. Parecidos, sino en todo, en muchos puntos, á los ministros de Fernando VI. Ensenada y Carvajal, era Grimaldi tan adicto á la política y á los intereses de Francia, como lo habia sido Ensenada; poco menos opuesto á ellos, que Carvajal, era Esquilache, aunque no se atrevia á manifestarlo. Sin faltar Grimaldi á los deberes de su empleo, porque tampoco Cárlos III consentia cerca de sí ministros que no entendieran, ni secretarios que no trabajaran, quedábale tiempo para las distracciones y recreos de la buena sociedad á que tan aficionado era: Esquilache, no mas entendido, pero sí mas dado al trabajo, y nada al pasatiempo, habia sido su consejero esclusivo de la corona durante los primeros años del reinado de Cárlos III. No se ocultaba al pueblo que el marqués de Esquilache era el autor de todas aquellas medidas, y desde luego fué acusado de innovador y de regalista, lo cual poco hubiera menos-

cabado su reputacion; y á aquellos cargos injustos no hubiera podido el pueblo añadir otros muy bien aplicados, con motivo de las escesivas rentas y empleos que con el mayor descaro iba acumulando en su familia.

Sabíalo muy bien el marqués; pero creyéndose muy asegurado en su puesto, acaso mas de lo que en realidad era, prosiguió impávido en sus abusos, continuó enviando no pocos millones á Italia, estraidos del Erario español y de las flotas; vendia los empleos, en su misma casa se traficaba con el tabaco, y hasta cerró sus oidos á las hablillas que corrian de boca en boca respecto de su esposa, hablillas que si no daban lustre al nombre del rey, honraban muy poco á la marquesa y al marqués.

Otro cualquiera hombre, al saber que el pueblo todo le tenia ya entre ojos; al saber que todos sus manejos eran conocidos desde luego, que ó se hubiera retirado del gobierno, ó hubiera modificado su conducta; pero el marqués de Esquilache, lejos de hacerlo así, creyó que el pueblo aguantaria todas sus reformas buenas ó malas, y tuvo la mala ocurrencia de querer variar el traje nacional de los españoles, desterrando la capa larga y el sombrero redondo que de mucho tiempo se estilaba, sustituyendo ambas prendas con la capa corta y el sombrero de tres picos.

Pasaremos por alto las diversas fases del modo como está, y otras medidas fueron recibidas por el pueblo madrileño; toda vez que ya hemos hablado del asunto en otro lugar de nuestro libro, nos circunscribiremos tan solo á decir que la tal medida de las capas y sombreros, produjo nada menos que una revolucion, en la que el pueblo tomó una parte activa contra la tropa.

La iglesia de Robledo fué uno de los puntos escogidos por los sublevados, en que debian hacerse fuertes.

Pasemos tambien por alto las diferentes escenas mas ó menos sangrientas que tuvieron lugar en aquellos tiempos por motivo del famoso motin llamado de Esquilache, y avancemos unos cuantos años despues, que tiempo tendremos de volver á narrar algunos de sus incidentes.

En la época á que hemos llegado en nuestra historia, es de-

cir, en 1780 y aun algunos años antes, los fieles asistentes á la iglesia de Robledo, contemplaban con cierta curiosidad respetuosa á una hermana de la Caridad, bastante jóven, que asistia todos los domingos á la misa mayor, llevando consigo un niño y una niña, que podrian tener de cinco á seis años. El luto mas riguroso, aunque tosco, cubria las carnes de ambas criaturas, y la hermana de la Caridad se colocaba con ellas á orar en una de las capillas del lado izquierdo, donde se hallaba la efigie de Nuestra Señora del Triunfo y Misericordias.

Terminada la misa, esa mismas mujer encendia algunos cirios y los colocaba delante de un *ex-voto*, y haciendo arrodillarse al niño y á la niña, de quienes parecia ser la madre adoptiva, entonaba con ellos el oficio de difuntos.

Durante un año entero repitió este ejercicio, en cuyo espacio de tiempo dejó de ir á la iglesia unas seis semanas. Presentóse al fin de nuevo; pero al arrodillarse en la capilla del Triunfo y Misericordias, y en el mismo sitio que antes, notaron los fieles que solo la acompañaba el niño vestido, como en el año anterior, de riguroso luto. Asistió constante cuatro veces al mes durante medio año, y pasado este tiempo volvió á faltar; y cuando despues de un largo plazo se presentó de nuevo, iba completamente sola; sin duda que los nombres de aquellos infelices niños habian sido borrados del catálogo de los vivos.

Acercóse silenciosa la hermana hácia el mismo sitio donde antes se colocaba con los niños, y allí permaneció de rodillas hasta que acabadas las misas todas, se cerró la iglesia. Desde aquel dia se presentó de vez en cuando en aquel templo; pero sus visitas eran irregulares, á distintas horas, en diversos dias, y por último, no se la volvió á ver. A escepcion del campanero y del sacristan, que conversaron sobre el asunto, nadie echó de menos á la hermana de la caridad, ni menos se trató de averiguar cuál hubiera podido ser su suerte; circunstancia anómala en cualquier otro pueblo que no fuera Robledo, que siempre ha sido una escepcion entre los pueblos chismosos.

Robledo es en efecto un pueblo escepcional: sus habitantes, ocupados cada cual en sus faenas diarias, ni son supersticiosos,

ni se cuidan de averiguar vidas ajenas; lo cual en realidad es bien raro si atendemos á que la fiscalizacion y los chismes son por lo regular la comidilla ordinaria de los pueblos. Y tal vez que tan buenas disposiciones eran debidas á la feliz circunstancia de que, hasta aquella época por lo menos, le habian cabido en suerte dos curas á cual mas ilustrados y tolerantes; y sabido es que la instruccion eclesiástica, cuando está completamente desnuda de ideas fanatizadas, es el alimento espiritual que mejor cuadra á un pueblo; así como la ignorancia y la supersticion, cuando emanan de la boca de un sacerdote, producen daños sin cuento, que por lo regular son irremediables.

Era el 10 de marzo de 1766, y como á cosa de las nueve y media de la noche todas las avenidas de la iglesia de Robledo, así como las entradas del templo, estaban tomadas por la guardia chamberga, cuyas bayonetas parecian estrechar muy de cerca á los sublevados que en tan sagrado lugar se habian refugiado. Véíase retirar la última claridad del dia, menos por la llegada de la noche que por el humo azulado que producian las descargas de fusilería, interceptando la vista de las casas. Cuando la plaza de Robledo, y sus calles inmediatas hubieron quedado en la mas completa oscuridad, cesó el fuego, y de diez en diez pasos se establecieron centinelas, cuyo lúgubre grito de *¡quién vive!* hacia estremecer á toda la vecindad.

La casa de D. Diego de Mendoza tenia dos rejas que daban á la plaza, y acompañado de su fiel Gaspar y de Juan, despues de haber obligado á que las mujeres se recogieran, y guiados por un instinto de curiosidad, se asomaban de vez en cuando y con la debida precaucion á las ventanas de la plaza, desde donde se veia perfectamente la lucha entre sitiadores y sitiados.

—¿En qué diantres vendrá á parar todo esto? decia Mendoza.

—En que os arrimen un balazo sin saber cómo ni cuándo, decia Gaspar: ya os he dicho que os retireis.

—Déjame en paz, contestaba; ya sabes que las balas me han respetado en sitios algo mas espuestos que este.

—Eso no quiere decir nada, y el papel de curioso es siempre muy espuesto en estos dramas.

El fuego habia cesado hacia una media hora, y algunos habitantes de Robledo de los mas atrevidos andaban por la plaza como desafiando la suerte, valentías que á nada conducen y que no suelen alcanzar mas premio que el luto de la familia: andaba entre ellos el ventero de Quéjigar, que ya conocen nuestros lectores, y apenas le divisó Mendoza le llamó, encargando á Juan que le abriese la puerta.

—¿Qué diablos va V. hacer por ahí, hombre de Dios? le dijo Mendoza.

Pero esta pregunta, que tan filantrópica parecia en aquellos momentos, estaba muy lejos de serlo; dependia tan solo de la curiosidad que tenia de saber noticias, curiosidad muy justificable en un dia de alarma, y que rara vez suele ser satisfecha debidamente, en atencion á que muchas veces se ignora mas lo que está pasando á nuestra vista, que lo que acontece á algunas leguas de distancia. Sin embargo, por pocos datos que tuviese el ventero, siempre serian algo mas estensos que los que tenian nuestros tres hombres encerrados en su casa desde las cuatro de la tarde.

Tomó asiento el ventero, y contó con sus pelos y señales la causa del motin de Madrid, y el origen que habia tenido de las capas y sombreros, añadiendo que en muchos puntos habian vencido los sublevados arrollando á la tropa. Esta noticia, como es de suponer, desagradó mucho á Mendoza; pues á fuer de buen militar no cabia en su cabeza que una banda de paisanos indisciplinada, sin instruccion y sin jefes reconocidos, y obedecidos por la ordenanza, pudiesen vencer á la tropa. Si el bueno de D. Diego hubiera vivido, no muchos, sino unos cuantos años mas, no le hubiera faltado ocasion de ver que se engañaba.

Oyólo, pues, con desagrado, y exclamó.

—¿Cuántos hombres podrá haber dentro de la iglesia?

—Unos 150, contestó el ventero.

—Pues el diablo me lleve si con 60 hombres no me comprometo yo á rendirlos antes de un cuarto de hora. El jefe que manda la guardia chamberga se conoce que no está muy dies-

tro en esta clase de ataques, y en vez de mandar colocar esos centinelas, debia echar á bajo á balazos la puerta principal que, una vez derribada, ya pediria capitulacion ese populacho, y la capitulacion que yo les daria seria diezmando sus individuos y fusilándolos al pié de esa cruz de piedra.

—Sanguinario estais, Sr. D. Diego.

—Así, y no de otro modo, es como se le enseña al pueblo á levantarse contra su rey; pues ¡ahí no es nada! poner en el mayor conflicto á todo un vecindario y levantarse contra el gobierno de S. M.; ¡cuando le digo á V. que habia de darles una buena leccion!

A esto volvió á oirse el estruendo de la fusilería. Gaspar cerró las maderas de la ventana, y el ventero, que tan valiente se habia mostrado andando por la calle, se metió voluntariamente en la alcoba de la habitacion. Mendoza se incomodó al ver que Gaspar habia cerrado las maderas, y despues de haber observado con cierta sonrisa desdeñosa la conducta de Ruperto, abrió de nuevo las maderas, no del todo, pero lo bastante para observar lo que pasaba en la plaza, y tambien para recibir un balazo.

Preséntase de repente en medio de la plaza la silueta de una figura humana, que la atraviesa como una flecha. Oyese un tiro... en seguida un grito; la sombra negra parece haber sido tragada por la tierra, y la plaza tornó á quedarse desierta.

Entremos ahora en los cláustros de aquel edificio, donde se habian refugiado, como ya sabemos, los amotinados. Allí presenciaremos al postrer esfuerzo de una lucha desesperada. De los 4,000 combatientes que en aquellos dias habian alzado al grito fratricida, y sublevádose contra el gobierno de Esquilache, gritando por las calles de Madrid ¡viva el rey! ¡Viva España! ¡Muera Esquilache! Trasladáronse unos 150 á Robledo, donde ya los hemos visto fortificados tras los muros de la iglesia. Allí redactaron un papel que se titulaba: *Constitucion y ordenanzas que se establecen para un nuevo cuerpo que en defensa de la patria ha erigido el amor español*. Constaba esta especie de ordenanza de 15 artículos.

Redactaron tambien una peticion que contenia los extremos siguientes :

- 1.º Que se destierre de los dominios de España al marqués de Esquilache y su familia.
- 2.º Que no haya sino ministros españoles en el gobierno.
- 3.º Que se estinga la guardia Walona.
- 4.º Que se bajen los comestibles.
- 5.º Que se suprima la juntas de abastos.
- 6.º Que se retiren las tropas á sus respectivos cuarteles.
- 7.º Que se conserve el uso de la capa larga.
- 8.º Que S. M. se digne salir á la vista de todos para oír de su boca la palabra de cumplir y satisfacer las peticiones.

Presentado por el P. Cuenca este papel á S. M., regresó á Robledo con la noticia de que S. M. otorgaba cuanto pedian, á escepcion de presentarse al pueblo en el estado de agitacion en que se hallaban los ánimos. Pero no habiéndose cumplido nada de lo ofrecido, la gente tumultuosa arrancó los bandos del gobierno y se dirigieron en tropel hácia Palacio.

De los 150 sublevados fortificados en la iglesia de Robledo, apenas quedaban ya 100, á causa del continuado combate que por espacio de seis horas habian tenido que sostener contra la guardia Chamberga: entre estos solo podia contarse con 30 en disposicion de defensa, y aun estenuados estos por la lucha y falta de víveres, estaban muertos de hambre, y solo se tenian en pié por la escitacion febril que produce la embriaguez del combate. Los que estaban ligeramente heridos, y que por consiguiente podian aun empuñar el fusil, guardaban las salidas del cláustro apoyados sobre los sillares, y sobre el duro pavimento yacian tendidos los muertos y los heridos de gravedad. Los sitiados no habian tenido aun tiempo de apreciar todo el peligro de su posicion. Cubriendo la noche con su manto á ambos partidos combatientes, produjo necesariamente una suspension de armas, es decir, que tenian dos ó tres horas de descanso, y por cierto que no era poco para el que solo espera morir. Siempre, aun en los casos mas críticos de nuestra vida, tenemos cierto rayo de esperanza que nos hace ver un remedio;

una salida donde no la hay, y una noche de respiro para aquellos leones encerrados en su madriguera, significaba la incertidumbre, significaba las eventualidades de la lucha, es decir, que valia por todo un mundo de esperanzas inesperadas.

—¡Parlamento, compañeros! gritó de repente una voz que resonó vibrante en aquellas bóvedas; era de un centinela que asomaba la cabeza por una ventana ojiva del pórtico principal.

—¿Estás seguro de lo que dices? exclamaron unos cuantos de los sublevados acercándose al centinela.

—Sí por cierto; á pesar de la oscuridad de la noche, distingo muy bien una cosa blanca que trae delante del pecho el enviado; y sobre todo es un hombre que viene solo...

—Pues déjale que se acerque, que tiempo tenemos de arri-marle cuatro tiros si viéramos que era un espía.

—¡Qué parlamento ni qué calabazas! exclamó uno de los obreros que tambien habia sacado la cabeza; si es una monja, ó cuando menos una de esas hermanas de la Caridad de nuevo cuño. Ya está cerca de la puerta. ¿No ves el manto blanco que lleva sobre el hábito negro? ¡Vaya una torpeza!

El centinela que así se vió engañado, hizo puntería con el fusil sobre aquella mujer, y soltando el tiro, dijo á sus compañeros.

—Basta que sea cosa de Esquilache y persona con hábitos, para que desde luego sea un espía. ¡Fuera hipócritas! ¡Fuera espías! que así los recibo yo.

Oyóse la detonacion, y al mismo tiempo resonó en la plaza un débil lamento.

—¡Vaya una hazaña que has hecho! digeron otros; ¡matar una pobre mujer, eso es una cobardía!

—¿Qué quereis? repuso el otro cargando de nuevo el fusil; nos hallamos en estado escepcional, y claro está que siempre pagan justos por pecadores. Todavía no se ha visto que pueda hacerse una tortilla sin romper huevos; y sobre todo que caiga el que caiga.

Algunos pronunciados miraron por las ventanas hácia el sitio donde poco antes estaba aquella mujer, y no la vieron.

—¡Pobrecilla! digeron; sin duda ese animal la ha apuntado bien.

—¿Vamos abajo? digeron algunos de los que mas se habian compadecido.

—Sí, vamos, digeron otros, y de dos saltos llegaron al pórtico, que aunque estaba atascado por muchos de sus compañeros, abrieron paso y entró la hermana de la Caridad, á quien felizmente la bala habia atravesado los hábitos sin tocarla á la carne. Entró en la iglesia, y tras ella una buena porcion de sublevados.

Lúgubre é imponente estaba la iglesia de Robledo en aquellos momentos; las voces y las pisadas resonaban en sus acústicas bóvedas, cual si el eco de un mal génio se complaciese en repetir las; la claridad no podia ser mas escasa, pues se reducía á la que despedía una vela de sebo metida en la boca de una botella que servia de candelero.

—¿A qué diablos venís aquí? dijo Cachirulo dirigiéndose á la hermana.

Era el jefe de los amotinados.

—Cumplo con mi deber, contestó ella, presentándome donde sepa que hay quien sufre y quien muere; por consiguiente conviene que esté entre vosotros.

—Aquí no queremos gente ociosa é inútil como son las mujeres y los chiquillos. Aquí andamos á tiros, y por consiguiente ni se llora, ni se reza; solo se piensa en cargar y apuntar bien.

Aquella mujer, sin desconcertarse al oír tan brutal respuesta, añadió con acento tranquilo y dulce:

—Sabed, hermanos míos, que nuestra regla y la voluntad de Dios, nos han señalado un puesto en los hospitales y en los campos de batalla, y cabalmente estos claustros son á la vez un hospital y un campo de batalla. Además, no creo en manera alguna que viniendo yo aquí á cuidar de los heridos, sea enteramente inútil; dejadme que preste mis auxilios á alguno de los muchos que oigo quejarse no lejos de aquí; dejadme y no tengais cuidado; rezaré tan bajito, que no os incomodare; y sobre todo, os la juro á fé de mujer honrada, cuando los hombres se

baten como vosotros, sin la menor esperanza de salvacion, creedme, la oracion es muy conveniente porque nos enseña á bien morir.

Aquello de *sin la menor esperanza*, pronunciado por una boca tan angelical, por la mujer que habia escapado á una muerte casi segura y arrastrando tantos peligros; por una mujer que iba allí en busca de la muerte, ablandó los duros corazones de los sublevados. Aquellas terribles y elocuentes palabras, despertaron en sus almas ciertos recuerdos y cierto arrepentimiento, y eso que en todos aquellos hombres no dominaba mas passion que la de combatir, de verter sangre y esterminar á sus hermanos. Esto consistia en que si uno tenia madre ó esposa, otro contaba con hijos ó con hermanos, y este terrible recuerdo, á la vista de aquellos claustros ensangrentados, traia á su memoria la idea de que acaso no volverian á ver tan queridos objetos. Hay momentos supremos de nuestra existencia, en que olvidamos las constantes desavenencias de familia, y solo decimos: ¡Es mi padre! ¡Es mi esposa! ¡Es mi hijo!

Un largo silencio siguió á la observacion de la hermana, y con el pensamiento se remontó la conversacion de aquellos hombres desde la tierra al cielo. El escepticismo de los sublevados corrompia hasta sus últimas ideas, y no prometia mas que la intencion del alma. La inmortalidad del alma y las sublimes conjeturas de la vida futura, de la que se veian próximos, ocupaban algun tanto sus cerebros. Las voces fueron bajando, el acento se solemnizó, se extinguieron las sonrisas, y el sonido de la palabra fué mas grave y sordo; se asemejaba al ruido de un azadon que abre una sepultura.

Antes de haberse presentado en el templo la hermana de la Caridad, aquellos hombres eran una gavilla de asesinos fanatizados por un principio político, ó mas bien, ganados por el oro, para servir de instrumentos para altos fines; y apenas oyeron la voz de aquella mujer, la humanidad parecia ocupar de nuevo su puesto en sus entrañas vacías de todo sentimiento honroso, tornaron á ser hombres, recobraron sus derechos de ciudadanos, de padres; viéronse robustecidos con la fuerza que

da la convicción de ser un buen esposo, y de esta suerte tenían mucho adelantado para ser cristianos...

—Pero has de saber, dijo Cachirulo á la jóven con voz mucho mas templada y agradable, has de saber que todo cuanto te he dicho, ha sido tan solo por tu bien. El ataque que mañana hemos de sufrir, va á ser terrible, y si te encuentras aquí, claro está que habrás de sufrir igual suerte que nosotros: por lo que toca á los heridos, comprendo que podrás exhortarles bien; pero esto, como tú conoces, solo servirá para entretenerlos mientras los levante un cirujano ó un sepulturero.

Al llegar aquí dieron las ocho en el reloj de la torre, y la hermana de la Caridad, sin contestar al que la habia dirigido la palabra, se arrodilló de repente, y cruzando las manos, levantó los ojos al cielo, y cual si hablase desde lo alto de la tribuna de Dios, comenzó á pronunciar en alta voz la sublime oracion que Jesucristo enseñó á sus apóstoles: *Padre nuestro, que estás en los cielos...*

Como movidos por una fuerza desconocida, todos los pronunciados, á quienes la presencia del ara santa no les inspiró deseos de quitarse el sombrero, descubrieron con veneracion sus cabezas, y aguardaron con respetuoso silencio á que la hermana hubiese terminado su plegaria.

—Es una buena chica, dijo en voz baja uno de ellos, enjugando á hurtadillas dos gruesas lágrimas que segregaban sus ojos, y que dejaron dos rayas blancas en su rostro, ennegrecido por la pólvora y el sudor.

El mismo jefe de los amotinados, que tan bruscamente habia hablado en un principio á la jóven, se acercó á ella en aquel momento con visible timidez y no poco respeto.

—Hermana, la dijo, sois tan buena, tan valiente y tan naturalmente devota, que á pesar de haberos hablado con dureza y sin razon cuando entrasteis, aun me atrevo á pedir os un consejo y aun un favor.

—Decid lo que gustéis, seguro de que haré cuanto pueda por vos, así como por cualquiera de vuestros desgraciados compañeros.

—Ya van dos veces que os oigo lamentar nuestra suerte. ¿Teneis datos para saber que ha de ser muy desgraciada?

—No tengo mas datos que los preparativos que he visto por fuera, y lo que ahora veo por dentro. Creedlo, amigos míos, y os lo digo á fé de Sinforosa, debierais pedir capitulacion sin pérdida de tiempo; de otro modo todos seremos víctimas de un arrojio impremeditado é intempestivo.

—Al oír el nombre de Sinforosa, se separa repentinamente de la hermana de la Caridad el tal Cachirulo; se dirige á un altar, sobre cuya mesa estaba una vela de sebo, y acercándose á la hermana, esclama entusiasmado :

—¿Será posible? ¿Eres tú, mi querida Peonza?

—Sí, yo soy; y desde luego te conocí, aunque á tí no te sucedió otro tanto: yo soy tu antigua compañera.

—¿Y cómo te has aparecido aquí tan de repente? ¿Qué te has hecho en los cinco años que saliste del pueblo y no te volví á ver?

—Ya sabes el mal trato que mis padres me daban por querer á todo trance que yo comerciase con mi corazón; ya sabes que por fortuna me fué muy simpático el primer hombre á quien me entregaron, pues á no ser así, hubiera sido la mujer mas desgraciada del mundo. Entregué mi corazón á aquel hombre y viví feliz con su trato por espacio de algunos años; pero fué tanto lo que abusaron de él mis padres, que perdió una buena parte de su fortuna sin tener el gusto de verme equipada ni siquiera un día, porque á mis padres nada les bastaba ni nada se lo agradecían, y apenas me compraba un traje ó una prenda cualquiera, aquellos me lo cogían y lo vendían ó empeñaban. De esta suerte le cansaron tanto, que hubo de dejarme porque mis padres seguían pidiéndole dinero y él no podía dárselo. Nos separamos, pues, amistosamente, y aun puedo añadir que fué un divorcio por amor: él llorando su desventura, y yo jurándole no pertenecer á otro. Pero mis padres no pensaban como yo, y una vez echada la vergüenza á un lado, una vez que la codicia y la sed del oro habia empedernido su corazón, me instaron varias veces porque tuviese otro amor; y aun hicieron mas: me pusieron al borde del precipicio. Pero ni las

promesas ni las dádivas pudieron ablandarme ni hacerme retroceder un ápice de la línea de conducta que me habia trazado. Incomodáronse conmigo, me insultaron, y hasta me pegaron, porque en realidad yo era el alma de la casa; y así como hasta entonces los habia socorrido con las dádivas de mi protector, así desempeñaba yo todas las faenas de la casa, y claro está que habian de sentir mi falta. Sintieronla, en efecto, de antemano, y redoblando sus esfuerzos porque yo faltase á mi promesa, me pusieron en el caso de que un dia me escapara de mi casa, que es cuando dejastes de verme, ahora hace cinco años. Marché á Madrid, me puse á servir, y dió la casualidad que visitando la casa de mis amos un respetable sacerdote, y notando lo hacendosa que yo era, me dijo estas palabras, que nunca se me olvidarán:

—Sinforosa, eres una chica aprovechada: no me atrevo á proponerte que entres monja en un convento cualquiera, á pesar de que estoy persuadido que serias muy buena religiosa y que no seria difícil conseguir que S. M. te proporcionara el dote; pero sí me atrevo á aconsejarte que te inscribas en la hermandad de la Caridad. Eso tambien lo puedo hacer yo.

—¿Y qué es eso de hermana de la Caridad? le dije yo.

—Una santa institucion en que las jóvenes hacendosas pueden ganar el cielo socorriendo á sus semejantes, consolándolos en sus desgracias y asistiéndoles en su muerte. Ninguna de las cualidades necesarias á ello te faltan: tú eres caritativa, eres valiente, eres decidida, no tienes nada de tonta, eres muy lista, entiendes de los quehaceres de una casa y sabes cuidar los enfermos. ¿Qué mas quieres? Tendrás una vida libre é independiente hasta cierto punto; irás de un lado á otro donde tus deberes te llamen; trabajarás, pero tampoco te faltará nunca nada; usarás un traje que por todas partes es respetado, y si por tu conducta y tus servicios llegas un dia á ser madre maestra, ya tienes asegurada tu vejez.

—Pero esas mujeres, dije yo, ¿hacen votos?

—Ninguno. Pueden casarse cuando quieran, y dejar por consiguiente el hábito.

Y como yo pensaba siempre en el único hombre que habia amado, y pensaba en él con la esperanza de que lejos de mi familia y ayudada con mi trabajo podria amarle aunque su suerte fuera desgraciada, y tal vez aspirar á que un dia me diera su mano, por ser tambien soltero, á esto contesté al sacerdote:

—Acepto la proposicion: me hago desde luego hermana de la Caridad, y desde luego podeis comenzar las diligencias. ¡Ya vereis qué bien me cae el hábito!

—Ya lo creo que te caerá bien, dijo el sacerdote; con esos ojos y con esa cara tan redonda y tan coloradita, la toca blanca rizada cae siempre á las mil maravillas.

—Puede ser que estuviera enamorado de tí, dijo Cachirulo.

—¡Qué disparate! El buen señor solo pensaba en mi felicidad, y cada dia le doy gracias en mi oraciones por haberme inculcado tan feliz idea. Ya ves que no hace mucho, uno de tus compañeros ha cometido la barbaridad de soltarme un tiro, que por fortuna ha atravesado tan solo este sayal; ya ves que he espuesto mi vida de un modo positivo, y que en este momento lo probable es que mañana al amanecer, las tropas del rey entren aquí á sangre y fuego, en cuyo caso mi porvenir no es nada halagüeño. Pues bien: esta vida de azares y de peligros, de privaciones y de suspiros, de quejidos y de muerte, es la vida que yo quiero. ¿Cuánto mejor vivo así, que no á las órdenes de un padre que un dia y otro dia me escitaba al vicio tan solo por mantener su holgazanería? Créelo, Cachirulo: mucho debemos á los padres; pero cuando estos nos tratan de esa suerte, creo que hasta es una virtud el no acordarse de ellos.

—¿Y has sabido de su suerte?

—Creo que lo han pasado muy mal, aunque con la esperanza de esplotar á otra hermanita mia; pero, si Dios quiere, llegará mi autoridad á tiempo, y sabré evitar su deshonra y su perdicion.

—Bien, Peonza mia; veo con gusto que siempre has tenido buenos sentimientos. La honradez y la virtud no han menester vestirse de seda ni terciopelo; existe en el corazon de la criatura y nada es capaz de doblegarle. Bien, Peonza, bien: has que-

ruido y quieres á un hombre, y en ello á nadie perjudicas; has sabido serle fiel, y tal vez que su grata memoria haya sido el principal dique á tu honor.

—Sí que lo ha sido, porque como es un hombre de talento, ha sabido darme siempre buenos consejos, pintándome el vicio con tan feos colores, que me lo ha hecho odiar. Pero basta ya de historias mías, y dime el favor que ahora poco querias pedirme.

—Era un consejo y un favor.

—Pues vengan los dos.

—Mira, Peonza: por tus palabras y por lo que en efecto creo, estoy muy lejos de desconocer la suerte que nos espera; veo que estamos perdidos, que habremos de pagar muy cara nuestra heroica resistencia. No creas que me arrepiento de ello, y la prueba es que á nadie pido socorro; pero es el caso que, como suele decirse, otros vienen detrás. Ya habrás sabido que me casé, y que enviudé hace seis meses, dejándome mi mujer dos hijos, que son su retrato... También era una santa... Ahora poco decias en una oracion, tan grata al oido como al corazon: *Dadnos el pan de cada dia...* Pues bien: mañana á estas horas, cuando yo esté ya enterrado, ¿quién dará el pan de cada dia á esos dos angelitos que he abandonado en casa? Tal vez me contestes que el hospital ó una casa de beneficencia. Pero no es eso lo que mi corazon desea. Si realmente existe otra vida, como en este momento, tan cercano á unirme con mi mujer, lo creo, ¿qué habré de contestarla cuando me pregunte qué he hecho de nuestros hijos? ¿La contestaré que en vez de pedir trabajo y cojer mis herramientas para darles pan, he empuñado un fusil y he pedido derechos políticos, metiéndome ¡insensato! á reformador de leyes? Tampoco desea eso mi corazon; conozco que soy un cobarde y un mal padre. Sí, hermana; á pesar de que me siento con sobrado valor para arrostrar la muerte como ves, repito que soy un cobarde, porque el verdadero hombre de valor y de corazon es el que busca pan para sus hijos... Pero soy tambien un majadero diciéndote estas cosas.

Acercóse de repente un compañero de Cachirulo, llamado

Almendró, que habia escuchado sus últimas palabras. Era un moceton enorme, que con formas de atleta, entendimiento claro y despejado, y una gran facilidad en la espresion, hubiera sido un Demóstenes, un Ciceron ó un Mirabeau, si desde luego su educacion le hubiera inclinado al estudio; y sin embargo, sus dotes naturales eran tan extraordinarias, que mas de cuatro oradores de nuestros tiempos le hubieran podido envidiar. Así es que él solo arrastró su natural elocuencia á todos aquellos hombres. Acercóse á los dos interlocutores, y terciando en su conversacion, dijo:

—Convengo, Cachirulo, que debemos reunir en un solo é invencible argumento todas las pruebas morales de la existencia de un ser primitivo llamado Ser Supremo: convengo que despues de reconocer la necesidad de una Providencia como consecuencia de la esclencia de este Ser Supremo sobre las creaciones emanadas de él, y la necesidad de la justicia divina del Creador con respecto á sus criaturas; despues de reconocer la existencia de una segunda vida tan irrefutable como el instinto de la vida presente; despues de todo esto, debemos elevarnos hasta el lirismo del profeta político, y entonces naturalmente se viene á nuestra memoria la idea de la inmortalidad del alma. ¿No somos nosotros por ventura la mejor prueba de esta inmortalidad? ¿Nosotros en este sitio? ¡Nosotros, tranquilos, serenos, impasibles al lado del cadáver de nuestro compañero y amigo, frente á nuestro propio cadáver, puesto que nos espera una muerte segura!

Debemos tener calma y serenidad, valor y resignacion para morir como mueren los leones castellanos. ¿Qué es la patria? ¿Qué es la humanidad? ¿Es acaso un monton de polvo que hoy es hombre y mañana no será sino barro y sangre? No; no es por ese barro viviente, sino por el alma de la humanidad y de la patria, por la que vamos á morir. Pero ¿qué somos nosotros sino una partícula colectiva de ese alma del género humano? Cada hombre de los que componen nuestra especie tiene tambien un espíritu inmortal, imperecedero y confundido con esa alma de la patria y del género humano, por la cual es tan bello

y tan dulce sacrificarse. Muramos, pues, no con confianza, sino con convicción. Nuestro testigo en este gran proceso con la muerte es nuestra creencia; nuestro juez es aquel gran Ser cuyo nombre veneran los siglos, y á cuyos designios contribuimos nosotros como unos instrumentos que él rompe en su obra, pero cuyos pedazos caen á sus piés. La muerte no es sino el acto mas poderoso de la vida, porque engendra otra vida superior.

—No dices mal, repuso la hermana de la Caridad; pero yo tengo en mi corazon una prueba mas cierta aun que tu cadavérica elocuencia, porque tengo la palabra de un Dios muerto por los hombres.

—La razon piensa, y las religiones enseñan; dijo Almendro, y yo no creo mas que en la razon.

—Pues yo creo en las dos, contestó la jóven religiosa. Cristo muriendo en un suplicio como nosotros, no es mas que un testigo divino de la razon humana. ¡No! Su religion, que nosotros hemos confundido con la tiranía, no es la opresion, sino la libertad. ¡Jesucristo fué el primer mártir de la libertad! Creed lo que os acomode; pero morid seguros de vuestra vida y del premio de vuestra muerte; porque en realidad, cuando el hombre sacrifica cuanto tiene; cuando sacrifica sus dudas, su fé y hasta su sangre; cuando se ofrece en holocausto á Dios, ¿qué mas puede hacer?

Al pronunciar Cachirulo las últimas palabras que han oido nuestros lectores; cuando le interrumpió su compañero Almendro, habia ahuecado la voz para disfrazar su emocion... quiere decir que he cometido una falta, añadió, y que la pago por completo... quedo en paz con mi destino y con la sociedad... pero volviendo al objeto de mi solicitud, ¿qué va á ser de mis pobres hijos?

—Serán dos cristianos, contestó con voz firme la Peonza, en cuya educacion sabré yo inspirarles el amor á Dios y al trabajo, así como el respeto á sus padres, por cuya salvacion rezarán todos los dias.

—¡Criatura angelical! exclamó Cachirulo, dominado ya por